

La estética no sustituye a la política

Juan José González

Secretario de Política Institucional y Comunicación de CCOO CLM

Parece evidente que España está viviendo un auténtico cambio en la forma de ejercer la política. La preponderancia de determinadas formas de comportamientos y gestos que priman lo estético o lo emocional por encima de las propuestas y los programas y que tienen un evidente éxito mediático están convulsionando los comportamientos de las fuerzas políticas.

La irrupción de candidaturas “populares” o “ciudadanas” cuyas cabezas de listas provienen de ámbitos sociales o profesionales en los que gozaban de notable prestigio han cosechado en algunas ciudades un notable éxito electoral, muy por encima de los partidos que los promovieron y las apoyaron.

La singularidad de esta situación no deviene solo de la crisis de credibilidad de los partidos, sino de que las propuestas, o decisiones de gestión que los nuevos líderes de estas candidaturas plantean parecieran no tener que responder a nada detrás de ellos y que todo se hiciera depender de la opinión y la voluntad del cabeza de lista; o, en el mejor de los casos, responder ante algún difuso conglomerado que acaba confundiendo con deliberada ambigüedad con “la gente”.

Esta fórmula que prima, sin duda, el personalismo frente al colectivo tiene, a mi modo de ver, algunos riesgos inherentes a la misma, como el que las formas, la estética, la condición profesional o la popularidad del candidato se superpongan por encima de la coherencia del programa o de la solvencia del partido que lo sustenta, generando con ello actuaciones a veces contradictorias y de cierta

improvisación y superficialidad.

Por otra parte, que el debate se desplace hacia la política de gestos, o de comportamientos más o menos estéticos ante una ciudadanía harta del encorsetamiento y la burocratización de los partidos políticos -durante mucho tiempo alejados de sus votantes- tiene la lógica social de que una parte muy importante de sus ciudadanos haya depositado su voto o su confianza buscando determinadas referencias de ética social o juzgando comportamientos personales más que los contenidos de los programas o las propuestas políticas. Por ello, se dota de especial significación el hecho de viajar en metro, el número o procedencia de los asesores o todo aquello que resulte novedoso en las formas de ejercer la política.

Sin embargo, no deja de ser preocupante que los grandes conceptos más o menos abstractos o el recurso a los sentimientos y las emociones primen sobre la definición programática y política o sobre los compromisos electorales avalados por las fuerzas políticas que, quiérase o no, son las que deben formar el armazón que articule el sistema representativo y democrático de nuestro estado de derecho. Un armazón cuyo andamiaje constitucional precisa de profundas reformas que acerquen la política a los ciudadanos, pero que debe construirse desde el rigor y el consenso, lejos de las demagogias y la frivolidad.

Por tanto, si la aportación de la llamada “nueva política” responde a la incorporación de nuevas ideas y personas que renueven y oxigenen el



“Parece evidente que España está viviendo un auténtico cambio en la forma de ejercer la política. La preponderancia de determinadas formas de comportamientos y gestos que priman lo estético o lo emocional por encima de las propuestas y los programas y que tienen un evidente éxito mediático están convulsionando los comportamientos de las fuerzas políticas”

panorama y las instituciones democráticas, incorporen nuevos sectores sociales al compromiso con la cosa pública, bienvenida sea. Pero si esto se hace desde la “antipolítica” o, lo que es lo mismo, a costa del desprestigio, el debilitamiento o la descalificación de los partidos representativos de diferentes ideologías y de sus militantes para sustituirlos por variopintas formas organizativas cuya coherencia no garantice siquiera los compromisos adquiridos con los electores, entonces estaremos sustituyendo la actual arquitectura representativa por un conjunto de “personalidades” o “plataformas” que, en el mejor de los casos, aportarán nuevas formas, gestos y maneras, pero que por su natural evanescencia, no será precisamente lo que necesita este país para afrontar los grandes retos que tenemos por delante como sociedad.

El prestigio de la política pasa por su capacidad, no solo de criticar, sino de proponer respondiendo a un proyecto articulado de soluciones viables y de gestionarlas con honestidad y transparencia y rindiendo cuentas a los ciudadanos. Nunca la estética de los gestos, el cesarismo de algunos líderes o la simbología pueden sustituir a la política.

Los discursos de campanario y las quimeras no se corresponden con sociedades modernas y avanzadas. La seriedad y el rigor deben cotizar al alza entre tanto griterío y contribuir a elevar la dignidad de las instituciones y la calidad de nuestra democracia.

Artículo publicado en la Revista “Aquí”